

Por Ricardo TORRES GAITÁN\*

Desde la Segunda Guerra Mundial factores artificiales en el gasto han sostenido la prosperidad de la economía norteamericana, factores cuyo efecto estimulante va acercándose a su fin.

Primero los gastos de la guerra misma. En los primeros años de la posguerra el Plan Marshall. Luego la guerra de Corea y después la de Vietnam y los gastos en investigaciones espaciales. Sin embargo, estos acontecimientos no han impedido cierto desempleo, ni han evitado que la expansión haya estado interrumpida por recesos en la actividad económica que, al acentuar el desempleo y la consiguiente amenaza de una depresión, han influido sobre la marcha de los mismos factores artificiales.

De octubre de 1969 a octubre de 1970 la fuerza de trabajo aumentó en 1 665 000. De esta cantidad sólo fueron absorbidos 245 000, registrando el desempleo un incremento de 1 420 000 individuos, con lo cual la desocupación total se elevó a 4 350 000. Dentro de una ocupación total de unos 79 millones, el desempleo representa un poco más del 5% de la fuerza de trabajo total y el 5.5% respecto del volumen del empleo a octubre del presente año (78.9 millones).

Pese a la depresión económica los precios suben porque en la estructura monopolística no opera el ajuste tradicional. A los monopolios les interesa más reducir la producción que los precios. Prefieren conservar los beneficios aun a riesgo de agravar la depresión, porque ahí está el gasto bélico como alivio temporal, que a la postre agrava el problema al crear capacidad de compra sin el consiguiente aumento de la oferta de bienes y servicios para uso y consumo civil.

Visto desde otro ángulo, la expansión artificial viene produciendo los efectos inflacionarios que necesariamente tenía que causar. Entre 1968 y 1969, la tasa de crecimiento de los precios fue de 4% anual, ritmo muy superior al de 2.9% registrado, en promedio, entre 1934

---

\* Del IIE.

y 1968. Se recordará que en 1934 se estableció la paridad del dólar con el oro que aún se conserva, no obstante los aumentos de los costos de producción del metal amarillo.

El alza de precios, además de la presión que ejerce sobre la balanza de pagos ha provocado una huelga en la empresa más importante: la *General Motors*, cuyo costo asciende a más de 3 mil millones de dólares. Nuevas huelgas seguirán a ésta en otras empresas.

En fin de la huelga de la *General Motors* tendrá efectos sobre los trabajadores de otras grandes empresas y sectores importantes de la economía, quienes procurarán naturalmente lograr aumentos en sus propios salarios. Como falta la flexibilidad que antes proporcionaba la competencia entre los productores, ante el aumento de los salarios éstos tenderán a conservar el nivel de las ganancias mediante el aumento de los precios. El proceso inflacionario continuará y el desequilibrio del sector externo se agudizará, y esta situación pondrá en entredicho la estabilidad del dólar frente al oro.

De otro lado, ante la depresión que se avecina el gobierno prevé la necesidad de más empleos y los trabajadores de salarios más altos. Ambos intereses (de mayores ganancias y de conservar el poder de compra del salario recibido) encontrarán solución mediante el alza de los precios. Las medidas antinflacionarias tradicionales (restricciones monetarias, disminución del gasto público o en su caso aumento de las tasas impositivas, entre otras) resultan incompatibles con los propósitos de aumentar el empleo y eliminar los desequilibrios interno y externo.

La realidad es esta: la expansión económica de los EUA ha perdido dinamismo, como se manifiesta en el desempleo creciente y en el descenso de la capacidad de compra en el exterior. La economía de guerra ha llegado a límites peligrosos, el déficit externo del país crece y el déficit interno del gobierno también, con la consiguiente depreciación efectiva del dólar en lo interno y la posible devaluación en lo externo.

Como las medidas de carácter funcional ligadas a la política monetaria y fiscal no han dado los resultados esperados, ahora se endereza la mira hacia la imposición de mayores restricciones a las importaciones (proyecto Mills) pretendiendo exportar el desempleo a costa de los demás países; dicha medida bien pronto recibirá esta respuesta lógica y obligada: la represalia defensiva. Con la generalización de las restricciones doblemente se afectará el comercio internacional. Las importaciones de los EUA son las exportaciones de los demás, y las importaciones de éstos son las exportaciones de aquel país

(habida cuenta de la gran importancia de los EUA en la economía internacional). El resultado final de la generalización de estas medidas será la disminución del comercio para todos. Sólo vende quien compra y nadie compra si no vende.

Con el proyecto Mills se busca contribuir a la solución de los problemas internos a costa de los demás. Arma de dos filos, sin duda, que será empleada para negociar con los países aun en aspectos ajenos al problema comercial. De convertirse el proyecto en ley agravará el desequilibrio crónico de América Latina, interno y externo, e intensificará su dependencia del exterior, si nuestra área no logra fortalecer su unidad para afrontar problemas con el resto del mundo y caminar sobre el sendero de su urgente integración, promoviendo más el intercambio intrazonal además del multilateral.

América Latina, ante su escasa o nula capacidad competitiva frente al exterior con productos industriales, debe acelerar su unidad en defensa de sus intereses con el doble propósito de intensificar tanto el comercio intrazonal como el comercio multilateral con todos los países del mundo. En cambio, en materia de exportaciones de productos primarios, en los que sí tiene capacidad competitiva, pueden incrementar sus posibilidades de exportación si unidos los países de nuestra área negocian para comprar y vender con los demás países.

El exterior no tiene capacidad para absorber los excedentes de producción de los EUA, y menos aún si implantan mayores controles restrictivos a las exportaciones del resto del mundo. Ni la vía de la exportación de capitales constituye solución, porque este recurso resulta eficaz cuando es producto de un excedente de ganancias realizadas comercialmente.

La realidad es esta: la expansión económica de los EUA ha perdido dinamismo, como se manifiesta en el desempleo creciente y en el descenso de la capacidad de compra en el exterior. La economía de guerra ha llegado a límites peligrosos, el déficit externo del país crece y el déficit interno del gobierno también, con la consiguiente depreciación efectiva del dólar en lo interno y la posible devaluación en lo externo.

Las medidas usuales serán insuficientes para atajar el aumento de los precios, de los salarios y contrarrestar ambos desequilibrios. Es bien conocido que el círculo vicioso de la inflación se vuelve en contra de los objetivos perseguidos cuando no se ataca la raíz del problema. Y sobre este aspecto es poco lo que el gobierno de los EUA puede hacer para dar empleo productivo a toda la fuerza de trabajo. Pero no está

en condiciones de tomar una solución radical que le permita emplear su capacidad productiva para mejorar los niveles de vida de los millones de sus desheredados, no interferir para que los demás resuelvan sus problemas con sus propios métodos, a manera de que, en cambio, se fortalezca la verdadera cooperación internacional y se avance hacia el logro del desarrollo económico, social, político y cultural, con ventajas para todos. Por lo tanto, a corto plazo la solución se debatirá entre la depresión o la guerra.

Ante el resultado de las últimas elecciones, el presidente Nixon vuelve su atención a los problemas internos en busca de prosperidad y pleno empleo, como primera etapa que le permita tomar mejores posiciones políticas en las elecciones del 72. Se apunta ya un programa de reformas para mejorar el bienestar social de ciertos sectores mediante la seguridad social que amortigüe sus bajos niveles de vida, y otras medidas encaminadas al logro del bienestar social (protecciones al consumidor y al sector industrial, así como una extensión al programa de caminos). McCracker, presidente del consejo de asesores economistas, sugiere un "pacto social" con el cual el gobierno estimularía vigorosamente la expansión económica, a condición de que los trabajadores y empresarios repriman el aumento de los salarios y los precios. Esto es, desde luego, una ilusión. Empero, aun cuando otros instrumentos de política están ahí disponibles para lograr un crecimiento económico rápido, el gobierno se rehusa a emplearlos por el temor a precipitar a la nación hacia un camino inflacionario. Expansión del ingreso con mayor empleo o deflación con desempleo, tal es el dilema que tienen ante sí las autoridades de los EUA. Más concretamente, la disyuntiva a elegir es: combatir el desempleo mediante una expansión que acentúe el aumento de los precios, o combatir la inflación propiciando que se intensifique el desempleo, con las consecuencias inherentes en cada caso.

Sin embargo, la administración de Nixon espera que con algún cambio de estrategia se logre un mejoramiento gradual de los negocios en 1971 y plena recuperación durante 1972, contrarrestando así los desajustes causados por el periodo de conversión de una economía de guerra a la economía de paz. La gente se pregunta: ¿se logrará la recuperación con suficiente fuerza para eliminar el desempleo antes de las elecciones de 72? Mientras tanto América Latina no debe adoptar una actitud de simple espectadora, sino la de fortalecer sus lazos comerciales entre sí y buscar el incremento de su comercio con todos los países del mundo.